

Los jóvenes critican a la Iglesia

Autoritarismo

La juventud mundial tiene una sensibilidad rebelde contra toda forma de autoritarismo. Se siente asfixiada en un mundo lleno de normas, controles, decretos, donde parece que todo está previsto para ahogar la libre creatividad personal. No es que hoy haya más normas que ayer, sino que hoy se es más consciente de que pudiera ser de otra manera.

De esta reacción contra el autoritarismo no podía quedar libre la Iglesia. En ella no sólo se ejerce la legítima autoridad en forma humana, sino que también se cae en el autoritarismo, en la elaboración de orientaciones y directrices desde arriba. Para muchos la pregunta clave dentro de la Iglesia sigue siendo: ¿está permitido, está prohibido? Aun en las cosas discutibles se exige obediencia sin preguntar por las razones. Con relativa facilidad se identifica a Cristo con las determinaciones de unos obispos, sacerdotes, aun en cosas muy dudosas. Creemos que los que obran así lo hacen de buena fe, lo que no quita que creen serios problemas a muchas conciencias. Añe la juventud rebelde de hoy este rasgo difícilmente puede ayudar a la presentación de la Iglesia como anunciadora y portadora de la esperanza de salvación. Más bien para ellos aparecerá como la negación de la vida. Todo ello a pesar de que en el Vaticano II muchos de estos elementos fueron revisados; pero en la práctica siguen vigentes métodos y estilos de gobierno trasnochados.

Tradicionalismo

Una de las características del actual momento histórico es la rápida movilidad en todos los órdenes. Estamos viviendo en una cultura que comienza a preferir la mirada al futuro que al pasado. La juventud no tiene interés en considerar lo venerable de una costumbre, lo antiguo de un rito, los siglos de existencia de unas afirmaciones disciplinares. Más bien tiene un fuerte recelo frente a todo esto. Sólo lo que se presenta con sentido para el presente y con horizonte de promesa para el futuro tiene algo que decir a la juventud.

LUIS UGALDE, S. J.: Cursa Teología en Frankfurt. Se incorporará próximamente al Centro Gumilla.

Vivimos una cultura abocada al futuro más que al pasado. Una Iglesia que se ate a la tradición, por más venerable que sea, no es portadora de salvación ante la urgencia mesiánica de los jóvenes. No nos engañemos. En general, la actitud de la juventud con respecto a la Iglesia o es fuertemente crítica o simplemente la ignoran y dan la espalda. La Jerarquía Eclesiástica ofrece cuatro rasgos que la presentan antipática a sus ojos: autoritarismo, tradicionalismo, solemnidad hueca, doctrinalismo.

Luis Ugalde, S. J.

En cambio, sabemos el alto valor que da la Iglesia a lo tradicional. Con frecuencia se siguen defendiendo estructuras y ritos que una vez fueron plenos de sentido, pero que desde hace años suenan huecos y aparecen como restos de un pasado que se muere. La juventud encuentra en muchas realidades de la Iglesia más bien objetos de museo que signos que hablen de la salvación del hombre.

Todavía, dentro de la Iglesia, el sentido histórico está hipertrofiado y defendemos como eternos elementos cuya vinculación a un determinado período es patente.

Solemnidad hueca

No cabe duda de que la Iglesia Católica, en su historia de muchos siglos, ha puesto especial empeño en reflejar la grandeza de Dios en la esplendor de la liturgia, en la riqueza de sus templos, en el colorido de los ropajes de sus cardenales, en el hieratismo de ciertos saludos y gestos (por ejemplo, los saludos del Papa) y en la grandeza renaissantista de sus palacios.

Pero hoy es cierto que para la juventud ninguno de estos elementos es signo de Dios. Más bien son piedras de escándalo. Sobre todo en una sociedad donde lo grandioso se ha convertido en expresión de opresión bajo instituciones niveladoras que no dejan lugar al calor humano. La sociedad está llena de enormes oficinas, ministerios, cuarteles, fábricas que, si bien son a veces necesarias, a la juventud se le presentan como frías y alienantes.

Doctrinalismo

Otra de las características de la Iglesia Católica es su insistente proclamación de una doctrina segura. Nadie discutirá que ésta sea una de sus misiones. Pero al hablar del doctrinalismo que chocha a la juventud de hoy no nos referimos a esta justa tarea. Más bien la juventud reprocha a la Iglesia o a sus autoridades el quedarse en las palabras, en las declaraciones, en los documentos. Y no es que les moleste especialmente el que haya católicos que no siguen las directrices del Papa, de los obispos y de los sacerdotes, sino el que sean los mismos que elaboran los documentos y los sermones quienes parecen no preocuparse por tratar de ajustar su estilo de vida a la verdad que proclaman. Y es evidente que hoy la fuerza del Evangelio arrastra cuando se ven hombres que obran poseídos de ella y no como fáciles intérpretes de lo que parece que no se toma en serio.

No queremos ahora decir si estas acusaciones son justas o no, hasta dónde llega la verdad y dónde empieza a ser exageración. Solamente queremos constatar un hecho que hoy entre la juventud es común. Esta denuncia de la juventud nos debe llevar simplemente a una revisión de nuestras posturas a la luz del Evangelio. En lugar de reaccionar históricamente en autodefensa, debemos tomar con toda humildad, no para hacer fáciles adaptaciones con el fin de agradar a las nuevas generaciones,

sino dejándonos juzgar por el Evangelio y poniéndolo fielmente al servicio del hombre de hoy y de mañana.

No cabe duda de que la línea renovadora en la Iglesia va con planteamientos muy audaces. En ellos ve la juventud una esperanza. Sin salir de América Latina encontramos un auténtico hervidero de iniciativas que incluso está incomodando a muchos viejos anticlericales que de repente se han convertido en los defensores más ardientes de la pureza espiritual de la Iglesia. Como muestra más oficial de esta tarea renovadora tenemos el documento de la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano, que todavía no ha cumplido un año. Precisamente en ese documento se estudia el problema de la juventud y se trazan una serie de líneas pastorales importantes.

Nosotros queremos aquí no tanto reflexionar sobre la pastoral juvenil, sino más bien indicar líneas de renovación sobre varios puntos de fondo que la juventud de hoy denuncia en la Iglesia como institución.

LINEAS DE RENOVACION

La autoridad como servicio

En la Iglesia la autoridad debe ser servicio y no dominación, arribismo y manipulación. El que ha recibido de Cristo a través de la comunidad de fe el oficio de ejercer un servicio especial en la Iglesia debe ser el último no de palabra, sino de hecho. Último significa aquí que sirve a todos sin distinción y no se sirve de ellos. Su papel no es suplir al Espíritu Santo, sino alentar la reflexión común en grupos vitales que tratan de seguir la llamada del Espíritu en una situación histórica concreta.

El que desempeña puestos de autoridad en la Iglesia no debe excluir al Espíritu en los demás. Más aún debe escuchar y dejarse juzgar. Lo que no excluye su derecho a hablar y a dar juicios en búsqueda de una mayor fidelidad a Cristo y a los hombres. Los católicos tenemos todavía mucho que recorrer hasta llegar a un estilo de búsqueda común de la voluntad de Dios en la situación latinoamericana hoy. El servicio espiritual que la autoridad preste a la comunidad cristiana será tanto más evangélico cuanto más vinculación haya con la comunidad concreta a la que debe servir y con Cristo cuyo Espíritu ha de dar forma a la comunidad.

Hay todavía en la Iglesia el peligro de confundir la necesaria autoridad con formas concretas feudales de ejercerla. Todavía nuestra Iglesia latinoamericana carece de opinión pública dentro de ella y las deliberaciones y decisiones están casi exclusivamente restringidas a los obispos y sacerdotes.

Respuesta a las necesidades de cada época

Sabemos que nuestras raíces están en el Cristo histórico en su muerte y resurrección. Pero creemos también que El sigue activo por el Espíritu en la comunidad de creyentes en cada época de la historia. Querer detener la marcha de la historia haciendo eternas costumbres y prácticas que la Iglesia tomó libremente para responder a las necesidades de una época es dudar de la presencia del Espíritu Santo que guía la búsqueda cristiana en cada momento histórico.

Para que la mirada al pasado no nos separe de la tarea presente de construir un futuro más justo tenemos que dar entrada en la Iglesia a la juventud (de edad y de espíritu) con todos los problemas reales de hoy. Y no solamente para escuchar sus problemas con el objeto de darle respuestas infalibles que la Iglesia tenía guardadas. No, las respuestas concretas no están elaboradas, sino que son los millones de hombres y mujeres, la juventud misma, la que a la luz del Evangelio tiene que buscar esa respuesta y definir en comunidad su tarea cristiana en la sociedad de hoy.

Pongámonos en búsqueda con la conciencia de que más vale errar por buscar la verdad y la justicia que aislarse de la marcha de la historia por miedo a los riesgos de la vida.

Más pobreza y realismo en la Jerarquía y Clero

Ha sido ya muchas veces denunciada desde dentro y desde fuera la tendencia a la grandeza y al lujo en la Iglesia.

Uno de los mejores aspectos del documento elaborado por los obispos de América Latina en Medellín es la llamada al realismo y a la pobreza. Pero en lo que va de año muchos jóvenes han sufrido al ser precisamente atacados por quienes los debían apoyar y orientar en la tarea de denunciar construcciones de iglesias insultantes de la miseria circundante y el estilo trasnochado de las ceremonias, palacios y recepciones.

Queremos una Iglesia más realista, más pobre, más hecha desde abajo. La juventud no creará en las bellas disquisiciones sobre la pobreza hechas por quienes, a juzgar por lo que se ve, hace mucho tiempo que se han divorciado de ella.

Practicar las directrices teóricas

Tenemos que reconocer con dolor que cada día que pasa los documentos que se elaboran en las altas esferas de la Iglesia crean en muchos la sensación de ser oportunistas. Mucha gente nos dice: ¿Cómo vamos a creer en la sinceridad de las denuncias si quienes las hacen no obran consecuentemente?

La misión profética de denuncia de los abusos existentes en la sociedad es, sin duda, una importante misión de la Iglesia, pero se debe ejercer primero dentro de la Iglesia misma, pues difícilmente se pueden acusar con autoridad defectos que se cultivan. Para ejercer la función profética con eficacia hay que llevar vida de profeta: es decir, "no tener dónde reclinar la cabeza" y estar dispuesto a ser apedreado, como dijo Jesús.

ENCAUZAR A LA JUVENTUD ES MAS CRISTIANO QUE DESPRECIARLA

Sabemos que la crítica dentro de la Iglesia supone una grave responsabilidad para el que la hace. Por eso todos tenemos la obligación de dejarnos juzgar por el Evangelio, escuchar a los demás y, con la fuerza del Espíritu llevar adelante lo que está afirmado en los últimos documentos y lo que a la luz de la realidad se nos vaya presentando como tarea cristiana. Debemos renovar nuestra fe de que el Espíritu Santo actúa también en los jóvenes cuando denuncian y cuando buscan una comunidad cristiana que toma tan en serio su adhesión a Cristo y el estilo de vida que ello implica que está dispuesto a darlo todo por lograr la liberación del prójimo. Hoy a la juventud no le queda otra alternativa que la entrega total a la sociedad de consumo o la lucha a fondo por un mundo más justo. Con frecuencia buscan esto segundo dentro de la Iglesia y en fidelidad a Cristo, pero al poco tiempo la ven en su realidad muy disociada de sus propias enseñanzas y se desalientan. Por otra parte, su voz es poco oída. Su capacidad de decisión en la Iglesia es casi nula. Su tentación es o dejarlo todo o buscar vivir el cristianismo sin jerarquía.

Creemos que en América Latina están surgiendo con dificultades experiencias concretas de comunidades cristianas más activas y conscientes, menos clericales y que tratan de tomar en serio aquello de que "quien no ama a su hermano, al que ve, no puede amar a Dios, al que no ve". La búsqueda trae siempre malestar, pero esto no es grave; lo grave sería que en un continente como el nuestro, en plena convulsión, tuviéramos una Iglesia contenta y satisfecha de sí misma. Afortunadamente, cada vez son más numerosos los cristianos que optan por ponerse en movimiento en un esfuerzo conjunto por crear una sociedad más humana.